

Santo Tomás de Aquino

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 45, como arriba.) Después de haber respondido a aquél que le había anunciado la presencia de su Madre y de sus hermanos, hizo lo que deseaban ellos, es decir, salió de la casa, sanando primeramente a sus hermanos de la enfermedad de la vanagloria, y dando, en segundo lugar, el honor que se debe a una Madre; por eso dice: "En aquel día, saliendo Jesús", etc.

(SAN AGUSTÍN, de cons. Evang., lib. 2, capítulo 4.) La palabra en aquel día indica suficientemente que Él salió inmediatamente después de lo que precede o poco tiempo después, a no ser que la palabra día se tome en el sentido que lo toma algunas veces la Escritura, es decir, como tiempo indefinido.

(SAN JERÓNIMO.) Es necesario no olvidar que el pueblo no podía entrar en la casa de Jesús, ni estar en donde oían los Apóstoles los misterios: por eso el Señor misericordioso sale de su casa y se sienta en la ribera del mar, a fin de que le puedan rodear las numerosas turbas, y oigan en la ribera lo que no merecían escuchar en el interior de la casa. Por lo que sigue: "Y se llegaron a El muchas gentes."

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 45, como arriba.) No expresó todo esto el Evangelista sin intención, pues quiso hacernos ver, al describirnos con tanta diligencia este espectáculo, que el plan del Señor era no dejar a nadie detrás de sí, sino el tenerlos a todos delante de sus ojos.

(SAN HILARIO, can. 13, sobre Mat.) La razón de que el Señor se haya sentado en una nave y que las turbas se hayan quedado fuera, se deduce de lo que sigue. Pues les iba a hablar con parábolas, y por el mismo modo de obrar da a entender que, los que están fuera de la Iglesia, no pueden alcanzar la inteligencia de la palabra divina. La nave representa la Iglesia, en la cual la palabra de vida está depositada y predicada, y los que están fuera y son semejantes a la arena estéril, no están en disposición de comprender.

(SAN JERÓNIMO.) Jesús está en medio de las olas, que por todas partes se golpean; pero tranquilo Él en su Majestad aproxima la nave a la tierra, a fin de que no teniendo el pueblo de qué temer, ni viéndose rodeado de tentaciones que no pudiera vencer, se esté quieto en la ribera y oiga sus palabras.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 45, como arriba.) Aunque no lo hizo así en la montaña, donde no fue su discurso un tejido de parábolas, porque no había allí más que el pueblo bajo e ignorante, mientras que aquí estaban los escribas y los fariseos. Mas no habló sólo en parábolas por esta razón, sino para dar más claridad a sus palabras, para que las grabasen más profundamente en su memoria y las tuviesen siempre delante de su vista.

(SAN JERÓNIMO.) Y es de notar que no todas sino muchas cosas las habló en

parábolas, porque si lo hubiera dicho todo en parábolas se hubiera retirado el pueblo sin sacar fruto alguno: y mezcla las cosas que son muy claras con las oscuras, para que vengan en conocimiento por las cosas que entienden de las cosas que no entienden. Mas como el pueblo no tenía un solo modo de ver las cosas, sino que cada uno las veía a su modo, por eso les habla en Muchas parábolas, a fin de que todos reciban diversas enseñanzas según sus diversos sentimientos.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 45, como arriba.) Y pone por primera parábola aquella en que el auditorio había de prestar más atención; y puesto que Él había de hablar por figuras, de ahí el excitar la atención de los que le escuchaban con la primera parábola en estos términos: "He aquí que salió un sembrador a sembrar su semilla", etc.

(SAN JERÓNIMO.) Este sembrador es el Hijo de Dios, que ha venido a sembrar entre los pueblos la palabra de su Padre.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 45, como arriba.) ¿De dónde o cómo salió el que está presente en todas partes? No salió de ningún lugar, pero por la encarnación se aproxima a nosotros revistiéndose de carne; y ha venido a nosotros porque no podíamos nosotros ir a Él por impedirnoslo nuestros pecados.

(SAN JERÓNIMO.) O también estaba adentro cuando se hallaba en la casa hablando con sus discípulos sobre los misterios. Y salió de su casa para sembrar su semilla en medio de las turbas.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 46, como arriba.) Cuando oigáis las palabras: "El sembrador salió a sembrar", no creáis que hay identidad entre las palabras de esa frase; porque el sembrador sale muchas veces a otras cosas diferentes: como son para arar la tierra, arrancar las malas hierbas, quitar las espinas, o para cualquiera otra operación; pero éste salió con el objeto único de sembrar. ¿Y qué resultó de la siembra? Se perdieron tres partes, y una sola se salvó; y esto no con igualdad, sino con cierta diferencia; por eso sigue el Evangelista: "Y cuando sembraba, algunas semillas cayeron cerca del camino", etc.

(SAN JERÓNIMO.) Valentín se vale de esta parábola para sentar su error sobre las tres naturalezas: espiritual, natural o animal y terrenal, siendo así que aquí se habla de cuatro: La una es el camino; la otra está cubierta de piedras; la tercera de espinas, y la cuarta es la tierra buena.

(SAN JUAN CRISÓSTOMO, en la hom. 45, de arriba.) ¿Pero qué razón habrá para sembrar entre espinas, sobre piedras y en los caminos? No tendría esto razón de ser si atendemos a las semillas y a la tierra, que son cosas materiales; porque no tiene la piedra poder para volverse tierra, ni el camino de no ser camino, ni la espina de no ser espina; pero sí tiene una laudable aplicación en las almas y en las doctrinas; es posible que la piedra sea hecha una tierra pingüe, que el camino no vuelva a ser pisado y que queden destruidas las espinas. No es culpable el sembrador de que se pierda

la mayor parte de la siembra, sino la tierra que la recibe, es decir, el alma: porque el sembrador, al cumplir su misión, no distingue al rico ni al pobre, ni al sabio ni al ignorante, sino que habla indistintamente a todos, en la previsión, sin embargo, de lo que había de resultar; de esta manera puede decir: "¿Qué pude yo hacer y no hice?" (Isai., 5.). Por esta razón no dice que los perezosos recibieron tal parte de la semilla y la dejaron perecer; que los ricos recibieron otra parte y la ahogaron, y los voluptuosos esta otra parte y la perdieron; no quiso Él tocar a nadie en particular con energía, para no engendrar la desconfianza. Enseña también el Señor por esta parábola a sus discípulos el que no abandonen su misión, porque haya entre sus oyentes algunos que perezcan, puesto que el Señor, que todo lo prevé, no ha dejado por ese motivo de sembrar.

(SAN JERÓNIMO.) Reparad que ésta es la primera parábola, y que ella está puesta con su explicación, y guardaos de dar a los discursos del Señor, explicados por Él mismo, otra explicación, o añadir o quitar nada de lo que el Señor ha expuesto.

(SAN JERÓNIMO.) Se nos invita a tratar de comprender lo dicho, cuantas veces se nos amonesta con las palabras: "El que tenga orejas para oír, oiga".

(Santo Tomás de Aquino, Catena Aurea, tomo II, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1946, pp. 1- 3)